

MÈLICH, Joan-Carles, *Ética de la compasión*, Barcelona, Herder, 2010, 320 pp., 14 x 21,5 cm., ISBN 978-84-254-2659-9.

La editorial Herder ha editado a comienzos de 2010 un más que sugerente libro del profesor Joan-Carles Mèlich, cuyo título es *La ética de la compasión*. Recuperando aquí los presupuestos de su filosofía de la finitud, el autor ha realizado una verdadera puesta en escena de la condición humana, asignando un papel central a la compasión en las problemáticas representaciones de la ética y de la pedagogía. Otros, antes o a la par, han abordado la compasión como objeto de reflexión práctica. Pero no cabe duda de que en este libro se halla una propuesta valiente que destaca por intentar una reconstrucción de la raíz misma del modo moderno de habérselas con la ética y la pedagogía. Es reseñable el esfuerzo y arrojo con los que se introducen cambios de significación en términos que ya habían adquirido un acuerdo semántico bastante extenso, como es el caso de "moral", "ética", "naturaleza", "cultura", etc. Así mismo se ha acertado en la elección del enfoque antropológico y al adoptar una consecuente visión de la modernidad hacia el nihilismo. J.-C. Mèlich entra, con este libro, a formar parte del grupo heterogéneo de pensadores españoles que han estudiado la compasión. Pero quienes estén interesados en la educación como acontecimiento, ahora tienen a su disposición una propuesta de pedagogía de la compasión con sustento filosófico. Esto permite, a su vez, poner las tesis del libro en contraste con otras lecturas de la compasión entre las que habría que contar a Aurelio Arteta, Xabier Etxeberria, Reyes Mate, Miguel García Baró o Alicia Villar, por citar a algunos.

Como el autor reconoce, hay tres ideas básicas en esta *su* ética: "una ética desde la experiencia del mal, una ética de la respuesta adecuada y nunca suficientemente adecuada, y una ética de la relación con los indignos, con los infrahumanos". Con estos materiales es palmario que la propuesta de reconstrucción del edificio pedagógico no se basa en los diseños al uso. En efecto, el profesor Mèlich, ante la férrea gramaticalidad de la moral universal del deber, erige una ética del "relativismo perspectivista", lo cual le permitirá presentar, como complementaria a una pedagogía del logos explicativo, una "pedagogía del testimonio" donde la palabra educativa del "decir" demostrativo encuentra su agregado en el silencio del "mostrar", que nunca se confunde con el mutismo. La acción educativa, pues, no mira a la reproducción modélica de una presencia conceptual, sino que fija la vista en el objetivo de una "ausencia" que, por el testimonio, propio de un espíritu literario (*de novela*, gusta calificarlo el autor), aspira a ir forjando la posibilidad del "contagio mimético" de quienes aprenden. La figura logogramática del "profesor" tropieza aquí con su contrapunto en la forma transgresora del "maestro". Los lectores irán constatando cómo a la situación de excepcionalidad congruente con la condición humana el autor va aplicando estas tres ideas básicas. Lo cual le llevará a plantear la ética como una respuesta a la situación sombríamente nihilista que ha sucedido al derrumbe del teatro metafísico, espacio éste de la moral del deber y de la dignidad absolutos. Sin embargo, J.-C. Mèlich no propondrá, lleno nostalgia, un regreso a la metafísica. Su propuesta asume sin tapujos la situación moderna de la condición humana: provisionalidad, contingencia y vulnerabilidad. Esta ética y esta pedagogía se toman en serio el problema del tiempo.

Ensayando una refiguración de la corporeidad humana, la propuesta de Mèlich se las verá éticamente, que no moralmente, con los problemas de la experiencia, lo simbólico, la memoria, la libertad, el sufrimiento y la muerte. Resultará notorio al lector que tanto la estructura organizativa de los contenidos, como el tipo de secuenciación, contribuyen de forma excelente a la mutua referencialidad de lo dicho en cada una de las partes del libro. De esta forma se le facilita que tenga presentes, en cada momento,

las ideas centrales de la obra y, además, que las propuestas concretas de cada subtemática le aparezcan muy bien entrelazadas. A todo ello ayudan muchísimo la fluidez y claridad con las que el libro está escrito. Sobresale, también, el buen hacer con el que se manejan los matices conceptuales o terminológicos, así como resalta de forma especial el apropiado tratamiento de las distintas doctrinas o autores con el fin de clarificar la opción a favor de la denominada “ética de la compasión”. Aristóteles, Platón, Rousseau, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Heidegger, Freud, Adorno, Bloch, Jaspers, Levinas, Butler, Wittgenstein, Gadamer, Derrida, Jankélévitch, Taylor, Sloterdijk, etc., encontrarán en este libro un particular cedazo por el que nuestro autor irá cerniendo, con muy buena maestría, los pequeños materiales que, a la postre, le servirán para singularizar su propio discurso. Las reflexiones antropológicas de Duch y de Wandenfels le suministran al autor el impulso para llevar a él mismo y a los lectores hasta una planta del edificio donde normalmente ni la moral ni la pedagogía reinantes quieren estar. Tampoco pasa desapercibida la manera coherente y apropiada con la que se traen a colación distintos referentes literarios para transmitir al lector la idiosincrasia de la “ética de la compasión”. No es gratuito que la primera y la última palabra la tengan, respectivamente, Rilke y Joyce. Pero entre tanto, verán los lectores cómo el libro está salpicado de mojoneros literarios que van indicando el sendero por el que transcurre, con incertidumbre, “la condición espectral de la vida humana”. Para ello el autor de este libro convocará, o mejor, responderá a la llamada de Cervantes, Kafka, Grossman, Levi, etc. Con todo, el uso de filósofos, doctrinas, poetas, músicos, pintores y novelistas no se realiza a modo de banal y puntual cita de autoridad, sino que se enmarca en un logrado intento de dialogar y discutir con quienes en cada momento plantean las preguntas u ofrecen las respuestas que merecen ser tenidas en cuenta en la gran conversación que es la historia de la cultura. No se puede menos que añadir, como una característica positiva de este libro, el hecho de que su autor, en algunas ocasiones, haya dotado a su propuesta de unos tonos de crítica y polémica que se hacen imprescindibles en una obra de este tipo.

Por lo demás, la lectura de esta *Ética de la compasión* nos debe llevar a profundizar en el significado de la *intimidad* a la que Mèlich adscribe la ética de la compasión, y ello en relación con lo privado y lo público-político. Ronda a lo largo del libro la intencional disociación entre ética y política en el tratamiento de la memoria. Es verdad que de esta última se ha abusado en forma de “políticas de la memoria”. Y el libro hace muy bien en señalarlo. No obstante, si la ética no fuese tan siquiera una “invitación a la política” (Reyes Mate *dixit*), cómo podría entonces transgredirse la gramática de las políticas de la memoria. Tal vez debiera considerarse la posibilidad de que la ética sea un modo de constituir *lo* político como modo de ser propio de la condición humana. Que la ética de la compasión defienda la autonomía de ésta respecto de las políticas, no habría de suponer –necesariamente– que se sitúe al margen de lo político. Así como “sociedades contra el Estado” no significa sociedades sin poder, tampoco “ética contra la moral” significa ética sin lo político.

No obstante, *Ética de la compasión* resulta ser un discurso *kairológico*, oportuno ante tanta desverguenza de individualismo políticamente administrado. Por eso no es virtud menor la negativa de su autor a rendirse ante los renovados cantos de sirena que pretenden atraernos hacia definitivas reconciliaciones de la humanidad (o de la escuela) consigo misma. ¿Compasión total? Imposible, concluye Joan-Carles Mèlich. Y haríamos bien en atender a sus razones contra el totalitarismo.

Tomás Valladolid Bueno